

daba, ha sido una mujer de gran valor; yo habia entrado por la ventana y queria echarme por la puerta. He aquí pues, porque me ha dado esta bugía. Así encontraré mejor mi camino.

El duque de Parisis saludó. El señor de Biancay le devolvió el saludo. El duque de Parisis saludó por segunda vez. El señor de Biancay, se preguntó si debia devolverle el saludo con un puntapié; mas se contuvo, y entró en el cuarto de su mujer.

—Ah! amigo mio, dijo; estaba ciertísima de que llegaríais hoy, puestó que os aguardaba.

—Con el duque de Parisis?

—Como! era el duque de Parisis? Que caso tan singular! Pero esta vez se equivocó de camino al pasar por la ventana.

El tercer marido se quedó contento.

## XXVI.

## BATALLAS PERDIDAS. — TRES MUJERES INVENCIBLES.

En aquel tiempo, Don Juan de Parisis hubo de perder algunas batallas.

Cierto dia, casi llegó á sorprender todo el secreto, del juego de naipes. La señora de Entraygues, concluyó por confiarle los nombres de la Dama de Oros, y de la Dama de Copas, la duquesa de Campagnac y la marquesa de Fontaneilles. Aliza se obstinó en no revelar el nombre de la Dama de Palos, por un sentimiento de celos, pues seguia queriendo á Octavio, y sabia que este amaba á Genoveva.

Parisis conocia demasiado á las mujeres, para reconocer las que él no veia sino de cuando en cuando. Las fisonomías mas opuestas se confundian en su memoria con el mismo amoroso recuerdo.

Algunas veces le ocurría el hablar con intimidad á una mujer, sin que recordase perfectamente su nombre, bien como si todas las mujeres fuesen iguales, segun la espresion de un moralista.

Tan pronto como hubo sorprendido aquel secreto,

se presentó á casa la marquesa de Fontaneilles, á la cual no conocia mucho, bajo el pretesto de que deseaba organizar un baile á beneficio de los pobres. La marquesa era la protectora de todas las buenas obras. Si se iba á dar un baile de beneficencia, natural era que el espíritu del mal lo organizase.

Cuando Octavio entró en el salon de la marquesa, halló en él á la duquesa de Campagnac que aguardaba su amiga para salir.

La señora de Campagnac, lo mismo que la de Fontaneilles, era una gran señora, de elevadísima alcurnia, que habia cruzado hasta allí el mundo parisiense sonriendo, pero divirtiéndose con el espectáculo que los otros daban, y no queriendo aceptar otro papel que el de la mujer honrada. Se decia en cambio, que su marido ya se divertia por ella. Quizá esto era una razon mas, para que permaneciera estoica en el cumplimiento de su deber. Lo que estaba fuera de duda, era que hasta entonces, nadie habia dejado la huella de su pié en la nieve de sus jardines.

Era hermosísima: su belleza era de un moreno simpático, endulzado por ojos de un azul profundo, como el del Océano. En otro tiempo habia sido algo rubia, lo cual se conocia por el color de sus cabellos.

Cuando la señora de Fontaneilles llegó á su casa para llevársela, no quedó poco sorprendida al verla frente á frente del duque de Parisis. Hablaban con la negligencia de los que se han visto el dia anterior. Octavio, en todas partes se hallaba en su casa.

Se levantó y fué á recibir á la marquesa bien como si ella fuese la que hacia la visita.

Esta le agradeció el que hiciera tan bien los honores de su salon; el jóven dijo que las gentes bien nacidas pertenecen á una misma familia, y que aun antes de haber sido presentadas, se conocen de memoria.

Este fué el punto de partida de una conversacion imprevista. Ambas señoras protestaron contra la pretenciosa idea de Octavio, en la cual suponía que conocia las gentes que no habia visto.

Pero el jóven, al cual no era fácil coger en falta, recordó muy apropósito, algunas máximas de Lavater. Atrevióse á decir, que no tendria inconveniente en formular su buenaventura á la duquesa y á la marquesa, si le permitian examinar un poco su rostro, y no se olvidó de manifestarlas que no siempre se llevaba una máscara como la Dama de Oros y la Dama de Copas.

El hieló estaba roto. La duquesa dijo á Octavio, que la señora de Entraygues habia descubierto el secreto de sus amigas; pero que lo comprendia perfectamente, puesto que sabia, de oídas, que una mujer no tiene nunca secretos para su amante.

El duque de Parisis que era un fisonomista hábil, dijo muchas verdades á sus dos amigas. Las mujeres que dicen la buenaventura dicen algunas verdades porque dicen palabras: que no habia pues de decir al formular su horóscopo un hombre de talen-

to, que habia estudiado el corazon de las mujeres!

Para conocer á las mujeres, tantead los hombres; para conocer las mujeres, tantead igualmente las mujeres: es la sabiduria de las naciones locas.

Durante esta escena á lo Lavater, Octavio tuvo bastante arte para probar á la marquesa y á la duquesa que estaba perdidamente enamorada de ellas. Mientras hablaba de ellas, los ojos de las dos mujeres hablaban de él. Y lo que se hizo mejor en esta obra diabólica, fué que cada una de las dos damas se convenció de que el jóven no amaba sino á ella misma.

Pero una y otra se encontraban por encima del amor, por mas que este amor fuese el de D. Juan de Parisis.

La marquesa de Fontaneilles se habia vuelto hácia Dios, y no queria volver hácia el prójimo.

La duquesa de Campagnac, alma de un temple mas romano, queria la virtud por la virtud, pegándose á su deber no con resignacion, como tantas otras, sino con valor, orgullosa de las victorias que adquiere el alma sobre el cuerpo.

Octavio perdió ocho dias, que para él equivalian á ocho siglos, errando en torno de estas dos virtudes. Esto sin embargo habia imaginado una táctica, que, en su concepto, debia darle la victoria.

Luego de probar á la marquesa que no estaba enamorado de la duquesa, probó á la duquesa que estaba enamorado de la marquesa, haciendo de este modo

que la tempestad soplara de todos los horizontes. Pero las nubes no subieron hasta el azul del cielo.

No se confesó vencido; levantó el sitio y se trasladó á otro campo.

Por mas que persiguiese á las pequeñas damas, sus aspiraciones le llevaban muy pronto á las mujeres del gran mundo porque no ignoraba que el amor es siempre el mismo hasta en el último capítulo, cualquiera que sea la atmósfera; tenia la conviccion de que es preciso buscar las variedades del corazon en el principio del amor y harto sabia que no habia principio sino con las mujeres que valian la pena, ya que con las otras se comienza siempre por el fin.

He aquí porque se podria estudiar aun al señor de Parisis en una historia que se desenvolvió en la embajada de...

Octavio se prometia todos los dias que al siguiente se encontraria rico; pero este dia jamás llegaba. Su fortuna que habia llegado al proster extremo, se resolvía sin cesar en el lecho de la miseria con sábanas de batista sin que jamás encontrara el lado bueno. Nada esperaba ya de las cordilleras; su amigo Mr. Lesseps habia hecho brillar á sus ojos los espejismos de Oriente; creia que el Nuevo Mundo habia ya concluido, y que, por una tergiversacion de las cosas, el mundo nuevo debia renacer aunque no fuese mas que por un dia, á sus pasados esplendores.

Ahora bien: fastidiado de una vida arrastrada por cuatro caballos para los cuales no tenia ya pienso,

Octavio había pensado en hacer un viaje al Oriente, tan pronto como se hubiese fallado la causa de Violeta; pero cierto día fué presentado á una jóven princesa que había pasado un invierno en Damasco. Era una mujer muy conocida en el gran mundo por su virginal belleza, la cual la conquistó el nombre de *Madona*.

Era la primavera; había nevado por la mañana; á las doce el sol había quemado á los transeuntes y por la noche hacia un vendabal del diablo.

El embajador de... daba una fiesta de despedida. En aquella noche el palacio había dado un paso hácia el jardín para que los aromas de la primavera se esparciesen sobre los aromas de las cabelleras apócrifas de las parisienses. Aquello era un palacio de las Mil y una noches, por el brillo de las luces y los diamantes, por el divino encanto de una orquesta oculta bajo un ramillete de Camelias que había costado cinco mil francos—precio doblemente mayor del que costaban los músicos—por el orgullo con que se ostentaban los trajes y los peinados; en una palabra por cierto aire de alegría que parecía decir: «Aquí se baila sin que nadie se cure de las embajadas que se van y de las embajadas que vienen.»

El embajador era, por otra parte, un hombre de talento que no pensaba en llevarse ningun pesar con las cartas en que se le había llamado. Representaba con valor su papel en la comedia humana, sin perjuicio del que había ya representado en todas sus emba-

jadas. Era un gran cómico. Al ver como se bailaba me decía: «Es mi última comedia.»

Una jóven que acababa de llegar tendió su mano al embajador y le dijo:

—Haceis bien en marcharos: que pais! Luna apagada, nieve, granizo y vendabal; todo en un día del mes de mayo!

La orquesta tocaba el aire de la Reina Hortensia.

—Ah! si se pudiese marchar á la Siria! continuó la jóven. No puedo sufrir este eterno invierno. Afortunadamente vos habeis echado el invierno fuera de vuestra casa. Qué lujo de mujeres hermosas! Me dan ganas de marcharme.

—Qué decís, princesa! la verdadera hermosura se iría con vos.

—Quereis que el embajador que viene sea sobrepujado por el embajador que se vá?

—Todo se sobrepuja, señora. No opinais, señor de Parisis, que el mundo marcha?

—Opino, dijo Parisis, que el mundo baila.

La princesa se dignó sonreír. No había de qué.

—Pues mi opinion, dijo ella, consiste en que el mundo no marcha.

—Id con tiento, señora: esta es una opinion muy adelantada. Galileo ya se ha arrepentido. Pero teneis razon: Dios ha dicho al espíritu humano como al mar: «No irás mas léjos.»

El duque de Parisis había el día antes comido con la princesa, sin que le hubiera sido posible el hablar-

la. El jóven la saludó profundamente y ella inclinó su cabeza con una emocion casi invisible. Una alegría burlona se acababa de esparcir en su semblante. Parisís y ella no se conocían ni siquiera de nombre; mas se conocían por el corazón.

—Quereis presentarme á la princesa? dijo al embajador el duque.

—Tengo el honor de presentar el señor duque de Parisís á la señora princesa de...

El embajador se expresó en estos términos con la solemnidad que hubiera usado al presentar la Francia á otra nacion. Era aun mas: presentaba un hombre que buscaba, á una mujer que no encontraba.

Y el embajador, que habia conocido á la princesa en Oriente, la habló de Damasco.

—Damasco! exclamó la princesa; Damasco! el primero de los cuatro paraísos terrenales.

—Damasco! repitió Octavio; hé aquí mi sueño!

—Es mi recuerdo!

—Ya veis, princesa, que el señor duque es amante del sol, cual vos.

—Princesa, dijo Octavio: quereis bailar este vals á dos tiempos?

—No valso ya, caballero.

—A qué edad valsabais entonces, señora?

—Cuando era jóven; en el invierno pasado.

—Vamos, princesa: tal vez el duque quiere ir á Damasco por el camino del vals á dos tiempos.

—Pues bien: bailemos, caballero.

Octavio llevó la princesa al torbellino del vals, que enseña quizá mas sabiduría que el torbellino de Descartes.

Recordó á la señora de Reilly.

Ofrecían el mismo espectáculo: ámbos eran jóvenes y hermosos, burlones é impresionables; bailaban con esa aristocrática gracia inventada por los espíritus malignos. Todos los desocupados del primer salon hicieron círculo para presenciar aquel cuadro viviente. La princesa se ruborizaba á la influencia de aquellas miradas curiosas.

—Por qué me ruborizo? se preguntó de pronto.

Detuvo inmediatamente á Octavio que en su gusto por los viajes hasta perderse de vista, hubiera valsado eternamente.

El jóven la condujo al sofá mas próximo.

—Cuán pálida estais, señora! habeis valsado demasiado?

La jóven respiró su pomito de esencias y no contestó nada.

Yo trataré de decir, ó, mejor dicho, de no decir, porque se habia ruborizado la princesa.

Tenia veinte y cuatro años. Nacida en aristocrática cuna, educada en el Sagrado Corazon porque habia perdido su madre á los doce años, alma entusiasta, corazon ardiente, espíritu inquieto, habia aceptado con resignacion los deberes de un matrimonio enojoso. Bajo el pretesto de que carecia de madre, se la encarceló á los diez y siete años, en el carácter de

un marido grave, austero, sentencioso, de un hombre dueño de sus pasiones, que no le hablaba mas que de los peligros del viaje á través del gran mundo; era como otro Ulises que mandaba atar su mujer en el mástil del navio, porque él habia conocido ya muchas sirenas. Este marido la habia dado el título de princesa, con bastante dinero para sostenerlo; estaba convencido de que no le debia otra cosa escepto su esperiencia, toda vez que habia nacido mucho tiempo antes que ella.

Al principio la jóven estaba contenta con su título; mas para una mujer que es aun mas notable por su belleza, que por su título de princesa, un traje de lujo es aun mejor título de admiracion para los demás y para si misma. En mas de una ocasion, la jóven hubo de pensar, que valia mas ser un poco menos princesa, con un marido mucho mas jóven. Pero ella sufría su suerte con resignacion, consolándose en su belleza, consolándose en su hijo, y consolándose, en fin, en su virtud.

Al ver como se dirigian al altar, él, D. Juan desdentado, ella, Doña Inés, coronada con diez y siete rosas de Mayo, se dijo aquello de Camoens: «Este invierno linda con la primavera; pero no llegará á cojerla.»

Buscábase ya en su círculo quien podia consolarla en aquel crimen de lesa-amor; pero la jóven casada salió tan poco, escepto para ir á la iglesia, que se concluyó por decir que el príncipe, era el marido de

su mujer, como lo habia sido ya de tantas otras.

He aquí porque la princesa habia palidecido y se habia ruborizado bailando un vals á dos tiempos. Y no era la primera vez que valsaba. El príncipe, que era entusiasta de su belleza y de su gracia, se imaginaba que se convertia en jóven, al verla en aquella juventud brillante. Así que la llevaba á todas las fiestas del mundo oficial. En aquella noche soltaba algunas sentencias políticas en la antesala, en compañía de tres ó cuatro pisaverdes, que se habian vuelto feos sin saberlo.

—Es decir que no te dedicas á la política? le dijo un antiguo ministro; tu política es tu mujer, tiranuelo absoluto!

Mientras se decia esto al marido, he aquí lo que se decia á la mujer:

—Sí, señora; parto y tengo miedo de dejar mi razon en Paris. Por la primera vez de mi vida, sufriré la nostalgia, pues sé perfectamente que el verdadero país, es aquel donde se ama.

—Os poneis sentimental de un modo furioso.

—Yo, que hasta aquí no he sido mas que hombre de buen humor, como mi amigo Monjoyeux! Lo que somos los hombres: un vals á dos tiempos nos pierde.

—Tranquilizaos; unicamente Ovidio sabe hacer metamórfosis.

—Oh! señora! yo no creo en las de Ovidio: pero creo en las del amor.

—Y yo no creo en estas.

—Como Circe que no creía en sus maleficios.

—Es mucha mitología esta, caballero.

—Quereis bailar, señora?

—Me creéis loca?

Mas la princesa se levantó, ya se sintiese arrastrada por la orquesta, ya obedeciese involuntariamente á los deseos de Octavio.

Bailaron aunque sin saber lo que bailaban. Continuaron su conversacion á intervalos. De cuando en cuando faltaban á las reglas de la gramática:

—Cuanto os amaria si me hubieseis permitido amaros!

Y en cambio ella decia:

—Ya sabeis que no os permito pensar en ello.

—Yo os amo con todo el amor que ayer no sentia, y con todo el amor que tendré mañana.

Y cuando cogia la conmovida mano que él enca-  
denaba dulcemente entre sus amorosos dedos, la prin-  
cesa le decia, riendo:

—Caballero: si la danza no me obligase á perma-  
necer con vos, hasta la última figura, vos no veriais  
a mia: dispensadme esta mala figura.

—Octavio que no conocia obstáculos hacia pasar,  
la fuerza de talento, el amor en el corazon de la jóven,  
sin hablar de la elocuencia de sus ojos, dos verdade-  
ras puertas del paraíso perdido, donde penetraban los  
ojos negros de la princesa. Esta procuraba defender-  
se, pues hacia ya dos horas que estaba amando y que  
parecia entregada en brazos de un sueño encanta-

dor, sin que se preguntara si sus piés tocaban aun  
en tierra.

Hasta entonces habia llevado su corazon como  
aquel ateo que llevaba la fé en un Evangelio que no  
queria abrir nunca; por fin, su corazon sentia.

—Ah! cuán desgraciada soy! dijo de repente.

Este es el primer grito de las mujeres felices.

El dia antes, la princesa habia mirado mucho á  
Parisis en una comida diplomática donde se les habia  
colocado frente á frente. El jóven habia hablado de  
su viaje al Egipto. No creia hacerlo; mas persuadia á  
la princesa de que queria partir.

—Marchareis en efecto, señor de Parisis?

—Sí, partiré con vcs.

—Conmigo!

—Sí, señora, dijo Octavio fingiendo una viva emo-  
cion y llevando al corazon su mano; sí marcharé con  
vos, señora, porque yo os llevaré conmigo.

—Palabras que no pasan de ser una broma.

—Nó, princesa, lo que digo es formal; qué digo?  
irrevocable.

—Estoy ciertísima de que ni siquiera me llevareis  
hasta el embarcadero.

—Hasta el fin del mundo. Quereis una prueba? Se-  
guidme.

—Y si os cogiese por la palabra?

—Hariais de mí el hombre más feliz que existe  
bajo el cielo. Pero marchar con voz es ya marchar  
hacia el cielo. Partamos. Dejemos este país sin sol. Si

supieseis, señora, que hermoso palacio tendríamos en Damasco sobre la orilla del Barrada á algunos pasos de la puerta de Dios! En una palabra, señora, todo lo que ha quedado del paraíso terrenal está allí, comprendiendo en ello el árbol del bien y del mal que se vende muy caro. Solo faltaría allí una mujer para comer las manzanas. Tranquilizaos: no son tan malas como se dice.

—El árbol del bien y del mal, dijo tristemente la princesa, es desde la muerte de Cristo el árbol de Judea teñido en sangre.

—Señora, el árbol de la ciencia es el árbol de la vida y no el de la muerte. Si pudiese robaros por una hora veriais que en un palacio de Damasco se vive en la atmósfera amada de Dios.

La delicada princesa respiró con dulzura como si entrase ya en aquella temperatura de los naranjos y de los laureles de rosas: se la hubiese tomado por Mignon encontrando su país en un sueño.

—Imaginaos, señora, un bosque de árboles frutales dominados por sicomoros en que la parra sube y cuelga sus racimos de oro y púrpura cerca de Damasco, la ciudad de los peregrinos, que lanza hácia el cielo las torres y las flechas de sus mezquitas y sus minaretes.

La princesa escuchaba sin interrumpir al jóven; tal placer experimentaba al oír hablar de aquel país por unos lábios elocuentes que describian muy bien y que dejaban ver los mas blancos y finos dientes.

—Damasco es nuestro país natal, porque yo soy como vos, yo amo el sol. Ah! si yo pudiese encerraros en mi vida y encerrarme yo en la vuestra en aquel paraíso encontrado!

La princesa se estremeció.

Vea toda esta perspectiva luminosa de un amor sin aurora. No era ya dueña de sí misma, ó por mejor decir, habiendo visto la luz tenia horror á las tinieblas. No vivir mas en Paris! Vivir en Damasco! Vivir con Octavio de Parisis y no vivir mas con el príncipe! Razones eran estas que la impulsaban á la locura.

—Es esto tan sencillo, prosiguió Octavio que no queria dejarla el tiempo de reflexionar. Tengo allí mis caballos que pueden conducirnos hasta la primera estacion. Habreis desaparecido y se guardará vuestro recuerdo entre el perfume de las flores que aquí se han deshojado.

En aquel instante la princesa vió destacarse entre un grupo de jóvenes la figura de su esposo, como la figura del invierno por entre un rosal florido. La jóven se estremeció.

—Partamos! dijo como una mujer que há perdido el juicio.

La jóven seguía mas bien su sueño que á Octavio.

Era muy fácil entre el barullo de la fiesta, salir sin ser notado. La princesa habia cogido el abrigo de pieles que habia traído.

—Me conducireis á mi palacio, dijo á Octavio; no



es cosa de huir en traje de baile y con diadema de brillantes.

El coche partió al galope hácia el barrio de San German. El Duque de Parisís no dejaba morir la conversacion. Aunque no creía en la realizacion de la aventura, hablaba de ella como de un hecho consumado. En cuanto á la jóven, sentía el vértigo y descendía al abismo sin contemplarlo. Cuando se abandona el camino ordinario para cojer las sendas estraviadas no inquieta el averiguar donde uno se dirige. Un filósofo diría que cuánto mas se pierde el camino mas se encuentra.

Octavio no era un compañero de viaje que temiese las aventuras.

Constábale que con una mujer de aquella clase podía esperarse todo. Hasta entonces ella no le había dado mas que su alma. No habia que hacerse ilusiones. Así es que el jóven trató de quitarla su guante para besarla la mano.

—Nó, mi querido Duque, dijo ella, cuando nos encontremos en Siria.

Era un poco léjos; pero po todos los dias se encuentra una princesa que quiera emprender tan largo viaje.

Entretanto el coche que les llevaba llegó al palacio.

—Esperad, dijo la jóven: vuelvo dentro de cinco minutos.

Octavio cogió su mano y rozó, al pasar, los rebeldes bucles de su cabellera.

La princesa entró en su casa medio loca.

—Adelina, vendreis á acompañarme, dijo á su doncella que dormía cerca de la chimenea. Dadme pronto el traje de cachemira y el sombrero negro. En cuanto á vos, no os lleveis mas que un chal, pues no hay tiempo que perder.

Al decír estas frases la princesa metía en una cajita de palo de rosa, cartas, un sello, un retrato, cabellos, un ramillete de flores secas, y esas mil baratijas que representan, con frecuencia, la vida de un corazon.

En menos de cinco minutos cambió de traje y de peinado.

Al contemplarse en un espejo para ver si la faltaba algo, se hizo la mujeril reflexion de que una mujer que se roba á sí propia debe usar un traje severo. Y se ruborizó á la idea de que no hacia mucho que, vestida en traje de baile, es decir, poco vestida, se habia encontrado sola con Octavio en un cupé muy estrecho.

—Marchemos, dijo á su doncella.

Y dió un paso hácia adelante.

En aquel momento, en el cuarto vecino, una niña pequeñita que iba á perder su madre exclamó:

—Mamá!

La princesa palideció y se detuvo como aquella mujer trocada en estatua.

—Nunca! exclamó.

E hizo una seña á Adelina para que no la siguiera.

La jóven se dirigió con precipitación hácia donde Octavio aguardaba.

—Caballero, dijo con voz que ahogaban las lágrimas, vengo á despedirme de vos.

—Es imposible, señora: esta despedida seria mi sentencia de muerte.

—Vais á comprenderme, caballero, pues vos sois un hombre de corazon. Si resolví huir con vos fué porque me hicisteis olvidar que tenia una hija.

Hubo un momento de silencio.

—Ah! caballero, os he encontrado demasiado tarde. Adios.

Octavio habia bajado del coche. Cogió á la jóven y en su desesperacion trató de llevársela á pesar suyo.

La princesa se abandonó en un principio, bien como si obedeciese á la fatalidad; pero era porque sabia que nada podia arrancarla de la cuna de su niña. Como hija de Eva finjió jugar con el peligro, porque ella no lo temia.

Octavio se dejó engañar por esta inocente coquetería.

Apoyó la jóven contra su corazon y la besó en la frente.

—Nó, todo ha concluido, dijo desprendiéndose de Octavio. Adios!

Y se alejó.

El duque de Parisis comprendió que todo estaba perdido.

—Adios, pues, dijo con tristeza. Ni Eva ni paraíso: no iré á Damasco.

Subió al coche y volvió al baile.

La princesa entró en su dormitorio, cayó de rodillas y juró olvidarle.

Y cuando creyó que la oracion habia borrado el crimen de aquellas tres horas de amor, fué á besar su niña que dormia.

Era rubia y rosada; era una alma que queria vivir en el alma de su madre.

—Querida hija! exclamó la princesa; cuando pienso que iba á buscar la dicha tan léjos! La dicha eres tú!

Entretanto Octavio habia entrado en el baile.

—Y bien, señor Don Juan? le preguntó Gaston de Villeroy, que acababa de ser nombrado embajador.

—Renuncio á Satan, á sus pompas y á sus obras.

—No haces ya sociedad con el diablo?

—Tal vez: desde hace ocho dias inspiro la virtud á las mujeres. Vives contento?

—Nó: qué diablo voy á hacer en aquel odioso país?

—No haces ya sociedad con la ambicion?

—Sí: me marchó para volver.

—Cuantos se van para volver y no vuelven nunca!

Gaston de Villeroy pensó con tristeza que Octavio hacia bien no moviéndose de Paris.

Mas Octavio creyó que Gaston de Villeroy hacia bien en marcharse.

—Oh! Genoveva! exclamó mirando á todas las mujeres.

Era el grito del corazon.

## XXVII.

## LAS ESTÁTUAS.

Apenas si el nombre de Monjoyeux era pronunciado de cuando en cuando. Así, pues, causó una verdadera sorpresa el recibir la siguiente carta en la Casa de Oro, en las redacciones de los periódicos, en el taller de los pintores y los escultores, y hasta en la Secretaría de la Academia de Bellas-Artes:

«El señor Monjoyeux y su señora esposa ruegan á  
»D. N. N. les dispense el honor de cenar con ellos el  
»viérnes 12 de diciembre, á las doce de la noche.

»Las estatuas esculpidas por el señor Monjoyeux,  
»estarán iluminadas *a giorno*.

»Avenida de la Emperatriz.»

—Perfectamente, dijo Parisís cuando hubo recibido esta esquela: hé aquí á Monjoyeux preparando su golpe teatral. Vá á probarnos que es un hombre de génio: no faltaré á la fiesta.

Y fué realmente una verdadera fiesta.

Se habló mucho de ella el dia antes: se habló al dia siguiente; pero fué una fiesta sin dia siguiente.